

Su cultura. Esta población se caracteriza por un sin fin de prácticas, que van desde lo religioso, lo social, lo organizativo y hasta en sus rasgos físicos, forma de expresarse y hasta en la lengua que algunos de ellos aún conservan. Las tradiciones que aún practican ya no son las que encontraron los españoles al momento de su llegada en 1525, sino más bien el resultado del proceso vivido, en el marco del encuentro de diferentes pueblos. Sobreviven costumbres producto de la fusión de diferentes culturas.

La lengua indígena persiste sólo entre algunas familias nahua-pipiles, principalmente en el occidente del país y lo estarían hablando, un número aproximado de 150 personas. Esta lengua es ahora de carácter doméstico pues ellos hablan muy bien el castellano y el nahua se habla sólo en familia. La vestimenta ha sufrido modificaciones y ya casi no se usa y los que la visten son aquellas personas de edad avanzada, principalmente las mujeres nahua-pipiles y en actos especiales. Son muy pocas las mujeres que usan su atuendo tradicional, «el refajo». No obstante, los hombres usan sombreros de palma o de material sintético y camisas mangas largas. Usan zapatos cómodos pero en época de lluvia prefieren usar botas de hule. Los indígenas se conocen, más por su fisonomía que por lo que hacen. Los lugares de ubicación indígena están rodeados también de población no indígena que en el mayor de los casos conforman la mayoría. Las fiestas, en las poblaciones son muy llamativas y las organizaciones tradicionales lideran el proceso de los preparativos y el desarrollo de la misma: las celebraciones religiosas centradas en el santo (santa) patrón (patrona), los rezos, las peregrinaciones, los encuentros de santos, la comida tradicional y los juegos que le acompañan son los ingredientes principales de la fiesta y sin faltar la pólvora y la ingestión de bebidas alcohólicas. Existen aún estructuras ancestrales de organización y algunas prácticas culturales que los juntan y vivifican, como es el caso de las mayordomías y la Alcaldía del Común⁵. Los hombres y las mujeres tienen roles diferenciados y, a la vez, complementarios. Existen, aún, diferentes formas consuetudinarias de organización, como por ejemplo: la Alcaldía del Común, las cofradías con sus mayordomías, las hermandades, consejos y la familia, que son los rasgos organizativos comunitarios y algunas formas de autoridad tradicional.

⁵ Se trata de una instancia elegida por las comunidades indígenas y dentro de sus atribuciones está la de resolver problemas que surgen dentro de las comunidades. Funciona paralelamente y en forma coordinada con la Alcaldía oficial. El Alcalde del Común se elige cada dos años y puede reelegirse por un período más. Existe en Izalco.

Participación de la mujer indígena en la organización. La participación femenina en el aspecto organizativo es limitada, pero su participación en los espacios nacionales, políticos y organizativos es cada vez más representativa. En la práctica, las mujeres indígenas necesitan que se les abran más espacios de participación. No es solamente el factor tiempo, las pesadas jornadas de trabajo o la actitud tradicional del esposo, en el mayor de los casos, las que dificultan su participación. Para la mayoría de las mujeres el enfoque de las organizaciones en temas como reivindicaciones culturales o históricas son bastante abstractas y alejadas de la realidad diaria que ellas enfrentan para satisfacer sus necesidades básicas. Esto no quiere decir que las mujeres no tienen interés o la capacidad para organizarse, pues ellas invierten su escaso tiempo en la búsqueda de soluciones para sus problemas diarios: el mejoramiento de la vivienda, salud, alimentación par los hijos pequeños, servicios de salud, escuela para los hijos pequeños, etc. Estos asuntos raras veces aparecen en la agenda de las organizaciones indígenas.

Hay casos en que las mujeres participan poco en las organizaciones pero el hecho de esa poca participación no quiere decir que no se identifiquen con los problemas que afectan a los indígenas en general y, sobre todo, con lo que resta a las tradiciones culturales, todo lo contrario.

Cultura urbana en un país de migrantes

No se puede hablar de una cultura urbana estandarizada en El Salvador por el solo hecho que la misma no es homogénea. La historia sociocultural del país, desde la conquista y colonización, ha sido un acontecimiento relacionado con un marcado clasismo y con un fuerte racismo que en algunos momentos de la historia ha presentado matices más fuertes. Las condiciones económicas de determinados sectores, instituciones como el ejército y los estratos sociales divididos entre indígenas, campesinos, obreros, clase media, alta y burguesía han sido elementos que han impedido que se pueda hablar de una cultura urbana generalizada. Hay una cultura urbana en el país exclusiva de un sector privilegiado que puede acceder a cualquier tipo de productos culturales. Por ejemplo, en San Salvador existe una especie de fragmentación dividida en sectores altos y de clase media y baja, a nivel social.

A nivel económico son prácticamente dos mundos diferentes que no se relacionan entre sí. En los últimos años hasta los mismos centros comerciales han sido instalados pero en diferentes sectores sociales y son los mismos productos los que se ofrecen y las mismas diversiones. Hay supermercados y centros comerciales aquí y allá pero los de aquí prefieren esos y los de allá prefieren los suyos. Las diferencias en el vestir, hablar y hasta en los gustos se percibe desde lejos. Pero también, podemos decir que el acceso al mercado cultural es diferenciado y varía de acuerdo a los gustos y preferencias pero además eso se evidencia en la participación en lo referente a la educación y la salud. La calidad de estos servicios no es la misma para todos los sectores ya que hay escuelas de «primer nivel» y de segunda y hasta de tercer nivel y lo mismo es para la salud. Por vivir en una sociedad cosmopolita hay sectores en los que su relacionamiento tradicional persiste y se impone al del patrón cultural ciudadano.

El crecimiento de la violencia radical, en gran parte, en el hecho que el Estado a lo largo de la historia no ha podido articular políticas sociales y económicas demandadas por la población, lo que ha polarizado las relaciones sociales creando pobreza, desempleo e incertidumbre entre los sectores más pobres, lo que lleva a un incremento de la violencia. El problema se agrava con la emigración campo-ciudad, al no insertarse los sectores migrantes al mundo laboral ciudadano. No hay trabajo. Al no existir políticas adecuadas en la preservación y conocimiento del patrimonio histórico de las ciudades, la inseguridad, la violencia y la contaminación, entre otros aspectos, no contribuyen en nada a la generación de un espacio ritual de identificación local. En la periferia de la gran ciudad se han creado los anillos de miseria llevando a la generación y existencia de subculturas ahora agrupadas en pandillas juveniles conocidas como *maras*. Hablar de una cultura urbana en el país trasciende por ejemplo trabajos como: *San Salvador. El esplendor de una ciudad. 1880-1930*, de Gustavo Herodier, o *San Salvador, Historia Urbana (1900-1940)*, de América Rodríguez, pues estos trabajos *light* solo representan una idealización de San Salvador y no hacen un estudio profundo sobre lo urbano donde la apropiación del espacio social es clave en el control y marginación que el grupo hegemónico hace sobre el resto de grupos sociales.

En El Salvador la poca diversificación del mercado cultural se limita sólo a determinados activismos culturales pero falta mucho el sentido de apropiamiento y expresión de ese mundo ciudadano. Podemos

afirmar que al hablar de una cultura urbana hace falta ahondar en la conformación de ese mundo urbano que no ha sido del todo pacífico y que evidencia el enfrentamiento entre tradición y modernidad y en donde el debate y el conflicto social van más allá del esplendor infraestructural para humanizar esa apropiación del espacio urbano. Los campesinos y los indígenas no forman parte del espacio urbano. Consideramos además que el mundo citadino expresa sus manifestaciones culturales y a la vez sus problemáticas en la vida nocturna, como sucede en las grandes ciudades del continente latinoamericano, pero en El Salvador urbano esto sucede pero a una escala menor. Estos espacios nocturnos pueden servir como barómetros sociales pues su función es expresar las frustraciones, esperanzas y sueños de la persona pero no existe esa cultura y la poca que se presenta más parece algo forzado. El Estado, desde una perspectiva histórica y reciente, por no tener esa política de prevención de problemas sociales ha hecho que el fenómeno de la violencia se acreciente notablemente en el país lo cual no permite un racionamiento franco y abierto entre los grupos sociales. El referirnos a una cultura urbana en El Salvador del 2006 nos conlleva a pensar en el involucramiento de todos los sectores pertenecientes a la comunidad con ideas creativas de beneficio para todos, por ejemplo esforzándose por llegar a crear circuitos y estrategias efectivas para el fomento del turismo urbano y por ende para el fortalecimiento de la identidad local.

La cuestión es que se constata un fuerte proceso de debilitamiento, en el sentido de la pérdida de elementos propios de la cultura en nuestro país, pues así lo considero, hay un debilitamiento que coincide con su decreciente protagonismo en la historia salvadoreña en la última década pero que viene desde los inicios de la conformación de la república. No hay ni ha existido un proyecto de nación. Como no se trata de lamentar las consecuencias que ha tenido para nuestro país su impúdica despersonalización, sólo nos referiremos al fenómeno de asimilación cultural protagonizado por la constante emigración promovida y al mismo tiempo condenada por el Estado en su afán centralista y uniformizador. Esta cultura de la migración nos ha llevado a la transculturación como país con todas las consecuencias del caso.

La cultura popular salvadoreña ha sufrido un tremendo golpe con la llegada de la transculturación. La guerra y luego la penetración de las ideas, costumbres y formas de ser importadas han arrasado con las tambaleantes tradiciones populares rurales y urbanas y hasta de clase.